

Horas de oficina:

DE ONCE A CUATRO

LOS DÍAS NO FERIADOS

Demi-Monde

Administradores:

F. BUÑO Y COMPAÑÍA

PONTEJOS, 10

Precio de suscripción: una peseta mensual, con derecho cada mes a un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE



1.—¡Qué bien dice aquel dicho
que dice el pueblo!
"Donde menos se piensa
salta el conejo..."

¡Vaya una chica
para un hombre apañado
y sin familia!



2. Y pensando don Lesmes
en conquistarla,
se decidió a seguirla
hasta su casa.

—Puede que quiera
tener un caballero
con asistencia.



3. A los cinco minutos
ya no iba solo;
se le había agregado
otro goloso.

Ella apretaba,
y el viento descubría
las partes bajas.

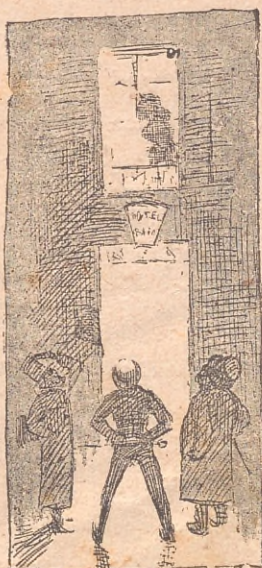


4. Porque había notado
aquella escofita
y corría, temiendo
cualquiera cosa.

Y en su carrera
descubría unos puntos
la... muy honesta...



5. Ya eran tres, y rabiosos,
los caballeros,
cuando logró la hermosa
librarse de ellos.
En una casa
de huéspedes de lujo
entró la dama.



6. En el piso primero,
a poco rato,
vieron sombras chinescas
los tres gánzapiros.
—Está ella sola—
pensaron:—¿será... dueña
de su persona?



Pero en aquel momento
que esto pensaban,
vieron que un individuo...
la devoraba.

Y, cabizbajos,
emprendieron la fuga
"sugestionados".



¡Días felices!

Porque se echan ellas á la calle.

Carreras de caballos y desfile.

Montaña rusa y desfile.

Exposición de Bellas Artes y desfile.

Por cierto, que hay mucho y bueno en la Exposición. Plasencia, Ferrán, Domínguez, y otros de los artistas que pueden enorgullecernos, exponen trabajos para la venta.

Aún no han empezado los críticos á desahogarse, digámoslo así.

Los críticos de Bellas Artes, que constituyen especialidad dentro de la crítica, ó corporación, ó *estituto* de inteligentes para juzgar los lienzos, y las acuarelas, y los dibujos, y todo cuanto abraza el ramo.

Alguno de ellos no distingue con perfección entre una cabra y un sauce llorón, pero sabe lo suficiente para citar, aun cuando no acudan, á Tiziano y á Velázquez, á Rubens y á Goya, confundiendo lastimosamente épocas y escuelas.

Uno de esos chicos, críticos de color, ó críticos pictóricos, ó pinto-rescos, decía ayer visitando la Exposición:

—Esto se va: hoy las Exposiciones carecen de atractivo.

Y como le preguntaran el porqué de esa decadencia, respondió:

—No se encuentra lo que tanto abunda en los clásicos; el desnudo: ahora todos visten á sus figuras, y esto prueba la carencia de dibujo: ¡Aquellas matronas, aquellos!...

—Patrones, terminó un caballero que acompañaba al crítico.

—¡Aquellas Vénus, aquellas Dianas!...

—Y aquellas majas atándose las ligas, añadió el susodicho caballero; aquél era arte, y no éste.

—Se nota poca inspiración en los asuntos.

—No se ve un cuadro del hambre, aunque se toca.

—En colorido estamos bien, añadió el crítico.

Y el otro observó:

—Sí, usted tiene buen color, sano.

En la Exposición nunca faltan aficionadas.

Unas lo son al arte pictórico, y otras á la exhibición de sus propias obras.

La apertura de esa Exposición ha sido un recurso para varias damas que, terminado el juicio oral, no sabían dónde pasar el rato.

Han visto á los procesados, han oído á los oradores por el foro, y han pasado algunas horas muy agradables.

Pero «¿á dó convertirían ahora» su atención, si no fuera por la Exposición de Bellas Artes?

En la Audiencia, «relache.»

En el Congreso y en el Senado, «relache.»

Hasta sin corrida de toros nos hemos quedado el domingo.

Sin ver á «Fabrilo ó las catacumbas,» como dice un académico, por decir «Fabiola.»

Así es que al Palacio de cristal acuden cuantas mujeres hay en Madrid y otras muchas menos vistosas.

¡Y cuántas simpatías despiertan en ellas los desgraciados!

Generalmente se detienen á examinar lo peor en las Exposiciones, así como en todo.

Sus simpatías por la desgracia las lleva á mirar á D. Cristino casi con cariño.

O es porque, según oí á una señora muy principal, le consideran como á una matrona sin barbas.

Más de cuatro quisieran mirarse en los ojos ó en los lentes de don Cristino.

A la Montaña rusa, en el Jardín del Buen Retiro, también van algunas señoras.

Es una diversión rápida, pero con muchos encantos, y fresca.

Es abanicarse sin mover el abanico; abanicarse al revés.

Desde la Montaña rusa á la torre Eiffel no hay más que algunos metros.

Pero todo es relativo.

En Madrid sería imposible la construcción de una torre de trescientos metros de altura.

Porque se ofenderían algunos jefes de partido, creyéndose humillados, así como varios cómicos, también de partido, y algunos chicos, autores de revistas, también de partido.

¡Qué diferencias de carácter y de aspiraciones entre los franceses y nosotros!

Ellos, tendiendo siempre á elevarse sobre el nivel del suelo, aunque sea en fuerza de aumentar la altura de la peana.

Nosotros esperando con ansiedad el ensayo de Peral para sumergirnos y abismarnos.

Entretanto, los rusos, y los ingleses, y los Estados Unidos, perdiendo el tiempo en sus cosas.

¡Qué diferencias!

P.

Marianita.



Nadie sabía de qué, pero se sabía que no estaba bien Marianita.

Perdía la salud por días.

—¿Qué tendrá esta chica? ¿Qué no tendrá? se preguntaban sus padres.

Porque suponer que la chica estuviese enamorada de hombre ó animal macho, no podía ser, puesto que jamás salía sino con su padre ó con su madre, y en la casa no entraba más varón que su tío, que ya casi no pertenecía al gremio.

Digo, que era hombre de cincuenta y seis años, y tan mal llevados, que aparentaba setenta.

El dependiente del papá, que era un chico que parecía un mono, ni siquiera veía á la muchacha.

El papá, aunque sabía mucho, porque era procurador, no daba en el *quid*.

Como era natural, dada la solicitud paterna, visitó el médico de casa á Marianita.

Pero nada; no acertó.

Llamaron á otro médico, y el resultado fué el mismo.

Preguntaron á la criada, por si ella tenía noticias de algunos amoríos de la señorita, y contestó que nada sabía.

Y aun juró y perjuró.

Y quería á su señorita más de lo correspondiente á su clase y á su sexo, digámoslo así.

—Es necesario vigilar para ver si sorprendemos el secreto, decía el padre.

—¿Comerá la niña yeso, ó alguna otra porquería? opinó la madre.

—Mujer, no lo creo, replicó el sabio esposo; porque esos vicios son hereditarios, y en mi familia nadie ha dado en eso.

—Pues por parte de madre, menos.

—No, menos no; igual querrás decir.

Y la muchacha cada vez estaba más demacrada y menos «apetente». Pensaron los padres en llevarla á un pueblo.

Pero ella se opuso.

—Aquí hay algo; la oposición es indicio de que tiene algún lío en Madrid.

—No seas bárbaro, Trifón, y perdona, replicó la cariñosa madre.

Pero el argumento de Trifón quedó desmentido cuando vieron que la niña se prestaba á salir de esta corte para Pozuelo, acompañada de Remigia, su criada fiel, y por el tío.

—¡El tío!

—¡El tío!

—¿Serías capaz de sospechar en mi hermano?

—No seas bruto, Trifón, y perdona.

Ello fué que después de un mes de Pozuelo, tío y Remigia, Marianeta continuaba lo mismo.

En sus cartas preguntaba Trifón á su hermano:

«¿Tú no has averiguado algo?»

Y el tío respondía:

«Nada, sino que esta chica oculta alguna cosa.»

Lo cual hacía exclamar á la madre:

—¡Qué animal es tu hermano! y perdona.

El tío también perdía libras en Pozuelo.

Así lo notaron en las visitas que hicieron á la chica los amantes padres.

—¡Es extraordinario lo que sucede! repetía Trifón.

Y consultó el caso con algún magistrado amigo.

Pero nada.

La sospecha acusadora del tío era una barbaridad.

En este estado de cosas, y después de obligar á Marianeta á que tomase baños de asiento, y duchas, y agua de Carabaña, y aceite de pulmones de bacalao, recibieron un día una carta del tío.

¡Hosanna!

¿Se habrá descubierto la causa?

La portadora de la carta, que fué la misma Remigia, salió de la casa, «por buenas composturas,» como suele decirse, y se salvó milagrosamente de ir al palo, que tentaciones tuvo de encausarla D. Trifón.

¿Qué dirán ustedes que sucedía?

En estas líneas de la carta del tío estaba explicado el enigma.

«Ya había oído yo algunas noches suspiros y ronquidos que me parecían de ultratumba.

»Pero no daba crédito á mis oídos.

»Cuando anoche me levanté con precauciones y en puntillas, me dirigí al cuarto de la criada... No estaba en el lecho.

»Volví á mi habitación, y tomé el revólver.

»En seguida me encaminé á la habitación de mi sobrina, con iguales precauciones... Llegué, escuché, y en seguida disparé una cápsula al aire.

»Mis temores se confirmaron.

»Oí dos gritos...

»¡Infames! dije.

»¡Es claro! Se pasaban la vida haciendo crochet... para la beneficencia, según me dijeron.

»¡Así está la pobre Mariana!

Este descubrimiento salvó la preciosa vida de la inocente niña.

E.

HUMORADAS

Me juraste á las ocho amor constante
y á las nueve te ví con otro amante;
no creas que lo siento,
pero, como te coja, te reviento.

Cuando un casado muere y va al infierno,
el guardián de la casa toca el cuerno.

Fabio, ese hombre que al balcón se asoma
para ver desfilar los batallones,
merece por sus raras aficiones
el fuego de Gomorra y de Sodoma.

Cada vez que me encuentro á tu marido,
recuerdo lo que de él me has referido.
Alguno habrá que al verme ha recordado
todo lo que de mí le hayas contado.
Y entretanto, me río de aquel bruto,
mas de mí se reirá mi sustituto.

Cuando niña, eras casi una Lucrecia;
te mudaste, al casarte, en Mesalina;
hoy, que toda la gente te desprecia,
no harás mal en volverte Celestina.

Que me quieres, Fulana, con exceso
lo sabe tu marido y no se inquieta;
pero te advierto que por cada beso
le tengo que pagar una chuleta.
Me has dado ya cuarenta,
¡y el demonio del hombre no revienta!

Me afligió tu traición de tal manera,
que un pellizco le dí á la cocinera.

Se da golpes de pecho don Severo,
y ante el altar mayor reza Jesusa:
él da al ciento por ciento su dinero,
y ella tiene dos chicos en la Inclusa.

A nuestro padre Adán no le dió Eva
una manzana, Fabio: fué una breva.

No me pidas cariño ni dinero,
pues he dicho que dárte los no quiero.
Dirás que soy un miserable, un pillo,
y es que no sabes que tu amor sincero
me secó el alma y me vació el bolsillo.

Eres viuda dos veces, y sospecho
que quieres atrapar tercer marido.
Vamos, mujer, descúbreme tu pecho...
¡Tapa, tapa, por Dios! No has entendido.
Yo te hablaba en sentido figurado,
y tú al pie de la letra lo has tomado,

F. DE V.

¡Qué noche! (1)



El balcón del cuarto que Pilar ocupaba en casa de su tía acababa de cerrarse; pero solamente con las vidrieras, lo que permitía á Canuto, admirablemente colocado sobre un árbol del jardín, verlo todo, inspeccionar á su sabor cuanto ocurría en la habitación, que estaba alumbrada profusamente.

—¡Eso es una infamia! gritó Canuto sin poderse contener, moviéndose como un condenado entre las débiles ramas que le sostenían, á riesgo de caer y deromperse algo; eso es una infamia.

¿Qué había visto?

Casi nada. Enrique, cada vez más audaz, acababa de pasar su brazo alrededor del flexible talle de su mujer.

—El bribón ha tomado por lo serio su papel de marido! ¡Oh, y ella no opone toda la resistencia que debiera, no, señor! ¡Mil millones de leznas! ¡Ahora le ha besado los cabellos! ¡Ah, traidor! ¡Y ella... ella, la pérfida, la ingrata, no pide socorro; no se escapa de sus brazos! ¡Oh, qué noche! ¡qué noche!

Y el pobre zapatero se debatía entre las ramas como un condenado.

Pasaron algunos minutos.

De pronto Canuto lanzó un grito estridente, lamentable. Después de una ligera lucha, que había presenciado lleno de horror y de ansie-

(1) Del tomo IX de la Biblioteca *Demi-Monde*, titulado *Un cuarteto peligroso*, original de Gómez de Ampuero.

dad, Enrique estrechaba con ardiente frenesí á la hermosa Pilar entre sus brazos.

—¡Es preciso que yo me interponga entre los dos, si puedo llegar á tiempo! exclamó el celoso Canuto; y buscando un punto de apoyo, trató de bajar del árbol que le había servido de penoso observatorio.

Pero apenas intentó deslizarse á tierra, un gruñido sordo y expresivo le dejó clavado en su sitio, trémulo de horror y de miedo.

Bajó la vista, y observó al pie del árbol los dos enormes perros de presa que la tía había soltado poco antes en el jardín, gruñendo de una manera significativa, mostrándole los afilados dientes y mirándole con sus ojos redondos y sanguinolentos.

Canuto, presa de indecible terror, lanzó un gemido de angustia, y por un movimiento instintivo, se apresuró á ganar otra vez lo alto del árbol.

—¡Malditos perros!

El balcón seguía iluminado.

Mordiéndose los puños de rabia, el desventurado maestro de obra prima volvió los ojos al cuarto fatal.

Los perros seguían gruñendo.

Enrique, cada vez más audaz y á pesar de la débil resistencia de la pudorosa muchacha, seguía su obra comenzada, y queriendo sin duda llenar cumplidamente todos los deberes que su posición de marido le imponía, arrancaba una á una todas las prendas del traje de Pilar, como pudiera hacerlo el amante más fino y obsequioso.

Los hermosos brazos y la nacarada espalda de la joven brillaban ya desnudos á la deslumbrante luz de las bujías, y Enrique atacaba vigorosamente el corsé, donde un nudo, rebelde sin duda, defendía en sus últimas trincheras el nevado seno de la gentil Pilar.

—¡Maldición! rugió Canuto al ver aquello; y volvió de nuevo á querer arrojar al suelo para interponerse entre los dos culpables.

Un gruñido más fuerte, más acentuado que los anteriores, le detuvo.

Los perros movíanse á sus pies, inquietos, agitados, rabiosos.

La situación no podía ser más desesperada.

Enfrente, un dúo de amor, dulce, vehemente, apasionado.

A los pies, otro dúo furioso, horrible, un dúo de rabia.

Para el desventurado Canuto, el cuarteto no podía ser más peligroso.

Un dúo amenazaba su frente.

El otro, sus pantorrillas.

Estaba cogido por todo el cuerpo.

Era urgente, sin embargo, tomar una resolución.

Lanzó una mirada llena de impotente rabia á los perros, y luego extendiendo el brazo en trágico ademán, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pilar! ¡Enrique!

Los jóvenes no debieron oírle, pues continuaron su no interrumpida serie de besos y de abrazos, sin inquietarse lo más mínimo por las voces del zapatero.

En cambio, los perros comenzaron á ladrar de un modo espantoso.

Y á Canuto le pareció oír una carcajada burlona, insidiosa, fatídica, la carcajada de la vieja madrina, respondiéndole desde su cuarto al desesperado grito del matador de Caramelo.

Transcurrieron algunos minutos; los perros no cesaban en su tremenda algarabía; los dos jóvenes habían desaparecido de la vista de Canuto.

Gruesas gotas de sudor inundaban la frente del marido.

—¡Oh, no hay remedio! ¡no hay remedio! ¡Voy á ser sacrificado! murmuraba.

Fijó de nuevo la ansiosa mirada en el balcón. En aquel momento se apagaba la luz; densas tinieblas reemplazaron la brillante claridad, y oscuras sombras también invadieron el pensamiento del desgraciado Canuto.

Otra vez volvió á resonar en sus oídos la carcajada de la vengativa vieja.

—¡Oh, no quiero sufrir esto! rugió en un momento de vacilación; ¡al demonio la herencia y las mordeduras de los perros; quiero evitar mi desdicha, y la evitaré!

Pero al querer bajar del árbol, más que los ladridos de los furiosos animales, le detuvo una visión que apareció ante sus ojos con caracteres de fuego.

Esta visión era simplemente una cifra.

Una cifra en números redondos, que bailaba ante sus asombradas pupilas.

¡Cincuenta mil duros!

El recuerdo de lo cuantioso de la herencia apagó la rabia en su corazón, y paralizó todos sus movimientos.

—Después de todo, murmuró lanzando un suspiro y mirando por última vez el oscuro balcón, ya llegaría tarde.

Y tras esta filosófica reflexión, tornó á acomodarse de la mejor manera posible entre las ramas del árbol.

—Esperaré, se dijo, á que estos malditos se cansen y me dejen en paz, para poder escapar por el mismo sitio que he venido.

BURLA BURLANDO

Paquita mira con envidia los cuidados de que es objeto la nodriza de su hermano.

—Dime, papá: ¿cuesta mucho aprender el oficio de nodriza?

—¿Tú sabes lo que dicen de tu mujer?
—¿De ella sola?
—No: de ella y de tu primo.
—Pues tú mismo lo dices: ¿de quién no hablarán?
Hay lenguas que no cesan un momento: ¿quién va á hacer caso de eso?

—¿Dónde está Blanca?
—En París.
—¿A qué ha ido?
—Como clase industrial, á exponer sus productos.
—Podrá ser que saque medalla.
—O algún título extranjero, de pago.

De los lances de capa en el toreo,
dice Rosa que está por el gallo:
en cambio á Leonor le gusta más
de frente y por detrás.
Cada cual, en toreo como en todo,
estima las bellezas á su modo.

—¿Cómo se ha quedado Rita! Hoy la he visto.
—¿Está enferma?
—No, pero se ha quedado con el Conde y con su fortuna.
—Esa chica fué siempre muy estudiosa.

—He inventado un rompecabezas para ver París y la Exposición.
—¿Cuál?
—Pues anunciarme como doncella para viajar con algún niño.
—¿De qué edad? ¿de pecho?
—No, de cuerpo entero.

—Luego, como está tan alta...
—Ejercicio; la conviene.
—Doctor, ¿sabe usted qué tiene?
—No; pero sé qué la falta.

La marquesa de... casó con un capitalista medio tonto.
La familia trabajó cuanto pudo por librar á su pariente de las garras de aquella secuestradora.
Pero todo fué inútil.
Ella le hechizaba con sus caricias.
Mujer de mucho toreo, no economizaba suerte de cuantas pudiera emplear para ganarle.

Un día, después de amenazarle con quejarse á los Tribunales si no la mimaba el pobre tonto, la sorprendió éste con un juez en tratos no judiciales.

A lo cual replicó ella:
—¿No te dije que iba á dar parte al juez si no me mimabas? Pues ya lo ves.



E. Voilà le costume de ces dames... frappées,
pour faire l'ascension dans les matinées
aux restaurants de la tour d'Eiffel,
et avec son Ruse se rendre à l'hôtel.
Ça ira, ça ira!
Combien de choses ou découvrira!

—Señor juez, mi marido es un infame que me ha expulsado de mi casa: tengo personas que me abonen.
—Tal vez por lo mismo habrá tomado esa resolución su esposo.

—En Zaragoza he gustado mucho en todas las obras.
—¿Habrás hecho de todo?
—¡Es claro!

—Mamá, en el piso de arriba ha de haber duendes.
—¿Por qué?
—Porque todas las noches se oye sobre mi alcoba un ruido acompasado que espanta.
—Ya sé lo que será.
—¿Qué?
—Que se rascará la vecina.

Un individuo, leyendo un libro alegre para distraer se de la falta de dinero para pagar una cuenta:
«La heroína del libro cae en brazos de su amante, no pudiendo luchar más.

«El lugar, el silencio, la soledad...»
¡Qué capítulo tan aperitivo!
—¿Y qué hago yo ahora con esto? se pregunta el lector, suspendiendo la lectura para volver á la realidad de la vida. —¡Un duro!...

La criada entra en la habitación cuando el individuo repite:

—¿Qué hago yo con esto?
—Señorito, dice la chica: ¿da usted algo para las Hermanitas de los Pobres?

—Yo no le puse más condiciones que el viaje á París y quinientos pesos al mes.

—¿Y no admitió?
—No, chica.
—Pues, hija, no es mucho pedir, porque se necesita mucho corazón para ver aquella cara.
—Que no conoce sus intereses.

Dos recién casados, que hace apenas cuatro meses que han formado el santo vínculo, son de tan idéntico carácter, que ya casi diariamente se administran algún pescocón ó algun arañazo.

Una vecina caritativa pretende con gran empeño apaciguarlos; pero su marido, gran socarrón, le dice:

—¡Déjalos!... Son cosas de novios...
—¿Cómo!
—Sí: están en la lucha de miel!

Los señores corresponsales que tengan cuentas atrasadas con esta Administración, se servirán saldarlas antes de la salida del próximo número, si no quieren que se les suspendan las remesas.

E. Rubiños, imp., plaza de la Paja, 7 bis.

Tomos publicados.

- I. Il far niente.
- II. La Colegiala.
- III. En la misma tronera.
- IV. A salto de mata.
- V. Por un lunar.
- VI. Las niñas frágiles.
- VII. ¡No abuse usted!
- VIII. Reservado de señoras.
- IX. Un cuarteto peligroso.
- X. Los tres besos.
- XI. Pensión française.
- XII. ¡No me toque usted!
- XIII. Estaba escrito.
- XIV. Una señorita del coro.
- XV. Cuando ellas quieren...
- XVI. Cinco minutos en globo.
- XVII. Amor sáfico.
- XVIII. Errar el golpe.
- XIX. Las tres píldoras.
- XX. El forasterito.
- XXI. ¡Ponte la peluca!
- XXII. Amor libre.
- XXIII. La cortesana de Smirna.
- XXIV. El polvo del camino.
- XXV. Las gemelas.
- XXVI. Entre dos fuegos.
- XXVII. La niña rubia.
- XXVIII. Entremeses.
- XXIX. Dos enteros y un quebrado.
- XXX. El mono sabio.



BIBLIOTECA

Demi-Monde

Acaba de publicarse el tomo 59, titulado

Conde de Cabra.

Tomos publicados.

- XXXI. El hijo del destino.
- XXXII. La tuna.
- XXXIII. La reina de las peras.
- XXXIV. La vaina del espadín.
- XXXV. Tres eran tres...
- XXXVI. La Giralda.
- XXXVII. Foblás II.
- XXXVIII. El instrumento.
- XXXIX. Un conejo para dos.
- XL. Las de Garabatillo.
- XLI. Virgo y Capricornio.
- XLII. Consuelos conyugales.
- XLIII. Los polvos de Quiroga.
- XLIV. Las cantonales.
- XLV. Dos primos.
- XLVI. Refugio de pecadores.
- XLVII. La primera fresa.
- XLVIII. La noche de novios.
- XLIX. Figuritas de barro.
- L. Entrar con todas.
- LI. Los caprichos de Conchita.
- LII. Las medias rojas.
- LIII. ¡Usted no es hombre!
- LIV. Carambola conyugal.
- LV. Memorias de un cochero.
- LVI. Cornelio.
- LVII. Carne morena.
- LVIII. Carne blanca.
- LIX. Conde de Cabra.